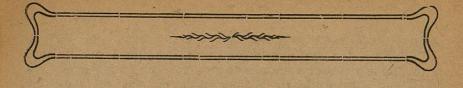
blecidas en la ciudad y después la numerosa y selecta concurrencia que, como digo en otro lugar, era de cerca de mil personas, notándose en todas ellas la más grata impresión causada por la satisfacción que llena el alma al saber que hay, en medio de esta sociedad, almas grandes que sólo buscan el alivio de las penas agenas, olvidando en no pocas ocasiones las suyas propias.

Concluyo esta mal pergueñada crónica uniendo mi humilde, pero sincera felicitación a Ntro. Ilmo. Prelado porque ha sabido impulsar, con su ardiente amor y caridad para el que sutre, la OBRA santa del inmortal Apóstol de la Caridad, S. VICENTE DE PAÜL, al Sr. Pbro. D. Francisco Quintana por su muy atinada dirección, al Sr. Lic. D. Pablo Reyes y a las benemé ritas damas que forman el Consejo Central Diocesano. por su amor, abnegación y disciplina, para consolar al que sutre, al que tiene hambre, al que está desnudo, al que está entermo; pero muy especialmente al que tiene el alma enferma por las penas morales que destrozan el corazón.

Guadalajara, julio 27 de 1921.

M. ALVAREZ TOSTADO.





ALOCUCION

del Señor Director Diocesano en la Asamblea General verificada el martes 26 de julio de 1921,



ILMO, Y RMO, SEÑOR:

SEÑORES:

Si para el mundo ligero y frívolo, cuando torna alguna vez sus miradas a las obras de caridad, aparece grandiosa la figura del humildísimo Vicente de Paul, para nosotros, los que contemplamos de cerca los fecundos resultados de las Conferencias que tuvieron origen en la mente y en el corazón de aquel Apóstol del siglo XVII; para nosotros, los que respiramos el ambiente de su compasión para todas las miserias humanas y sentimos infiltrado en nuestras venas su espíritu de piedad; a medida que más nos penetramos de sus altísimos ideales, comprendemos más y más la transcendental importancia del apostolado seglar.

Parece que Vicente de Paul atravesó con su mirada de vidente la bruma de los siglos y abarcó en sus pupilas los padeci mientos físicos de la humanidad, no solamente de aquel tiempo en que, portando sus toscas y verdosas vestiduras recorría con aire de recogimiento y de timidéz las calles de París, sino también las llagas morales que ahora carcomen el ya debilitado organicamento.

nismo de nuestras sociedades. Y es que la caridad de Vicente es la caridad de Cristo que sabe acomodarse a todos los tiempos y adaptarse a todos los lugares de la tierra; y es también que las desdichas del pobre barro de Adán son las mismas en todas las edades.

De allí que las Conferencias que este anciano atleta del cristianismo fundara sean siempre oportunas y siempre benéficas; que tengan una hermosura siempre antigua y siempre nueva y posean el secreto para ganar los corazones todos, aun los más

rehacios a la gracia divina.

Por eso, Señores, en la actualidad, en que el necesitado no se contenta recibiendo únicamente pan y vestido, porque sus desenfrenadas pasiones lo impulsan a reclamar del que tiene algo, no como un favor sino como un deber, cuanto ha menester para su subsistencia; y en que las doctrinas malvadas de nuestros tiempos han incrustado en el cerebro de las clases humildes la idea de una igualdad absurda; hay qué ir al corazón del pobre, tocar sus fibras sentimentales, convencerlo, con obras más que con palabras, de que le amamos ardientemente, sinceramente, demostrarle que para sus desdichas tenemos consuelos de hermanos y que sus miserias las consideramos como propias nuestras y que las lamentamos como si nosotros mismos las sufriéramos.

Y hay qué ir también al corazón del rico para desarrollar en toda su pujanza el espíritu de la caridad cristiana, ¡Oh! si las damas todas de la sociedad, y principalmente aquellas que no se han afiliado a ninguna de las agrupaciones de Acción Social Ca tólica, esa forma nobilísima de la verdadera caridad, hoy más que nunca importantisima y sapientisimamente ordenada por los Soberanos Pontifices, no se desdeñaran de visitar el humilde tugurio del pobre agobiado por la enfermedad y llevaran a sus escuálídas y temblorosas manos el consuelo de una limosna o a su boca el alimento y la medicina que le faltan y con los cuales podría sanar, todo lo cual nada tiene de humillante porque va envuelto en amor; si estas y todas sin excepción porque en los presentes momentos quien no entra en la acción de la caridad en alguna de sus formas, comete el horrendo crimen de lesa sociedad, llora ran con el que llora y gime por el dolor y participaran de sus sufrimientos; veriamos, en breve, restarse en crecidisima cifra los elementos del enemigo que se apresta a esa lucha tremenda que ha puesto la dinamita y la tea incendiaria en las manos del pobre y ha arrancado de cuajo las instituciones más venerandas de la sociedad; lucha, Señores, que amenaza de muerte, también a nuestra Patria, porque aqui despertáronse ya en el trabajador apetitos que dormían y hanse sembrado en su corazón profundísimos odios hacia el rico, rencores y deseos de

venganza, que tarde o pronto harán una tremenda explosión, si la caridad, sublime virtud del Cristianismo, en su doble forma de actual desarrollo, Conferencias de S. Vicente de Paul y Acción Social Católica, no va presto y apaga ese volcán de feroces y ardientes pasiones.

Hay qué ir, sí, al corazón del pobre; pero hay que ir también al corazón del rico, porque el egregio Pontífice León XIII, de santa memoria, le impone la práctica de la verdade ra caridad, como un deber ineludible, para la resolución eficáz

de la candente cuestión social.

Y es esta precisamente la acción benéfica y verdaderamente celestial que vienen desarrollando, en la actualidad con más brios, las Conferencias de S. Vicente de Paul, sin apartarse ni uu punto siquiera de las prescripciones de su Santo Fundador y Padre; no ha sido otra, desde su fundación entre nosotros la labor meritísima de estas agrupaciones de beneficencia católica que hoy celebran su Asamblea General para dar cuenta a su Ilmo. Prelado de las obras realizadas durante el año económico de 1920-1921. Cuando las heroinas de esa falange que lucha contra el egolsmo del siglo llaman a las puertas del acaudalado, sin temor a una posible repulsa, uno de sus propósitos principales es mover los sentimientos de compasión del rico, ante las penurias del pobre, de ese hermano pequeñuelo de Cristo; y, cuando lavan las heridas del pobre que se encuentra tendido en el lecho del dolor, momentos en que el hombre, quebrantado su orgullo, se halla mejor dispuesto a escuchar las instrucciones de quienes lo rodean impulsados por el amor, emplean sus esfuerzos en infundirle sentimientos de cariño y de respeto y de amor hacia el rico, presentándoselo como el hermano mayor que, mediante ellas, acude solícito a remediar sus necesidades; procedimientos ambos tendentes a componer las rotas relaciones entre el hombre acariciado de la fortuna y el hombre que yace sumido en el infortunio. En una palabra, las Conferencias de S. Vicente, como fuerza viva del Catolicismo, contribuyen poderosamente en la estera de sus atribuciones y dentro de los límites de su reglamento a la ansiada restauración del reinado de Cristo sobre las sociedades.

I esta obra de justísimos merecimientos está llevándose a ca bo tanto fuera como dentro de los límites de la ciudad. Ciertamente; es admirable y conmovedor el espectáculo que presentan las diversas Conferencias regadas en esta basta Arquidiócesis. Allá, en el campo, no obstante la falta de recursos y de estímulos y, por ende, donde se requieren mayores sacrificios y abnegación, se ve a las socias acudir con grande celo a socorrer al desvalido; y es incalculable el bien que prestan en aquellas comarcas en to-

do tiempo, y principalmente cuando una epidemia, tanto más terrible cuanto menos puede ser combatida, visita los humildes hogares de los pobres.

Si alli resalta con vivisimos colores la caridad de las asociadas, brilla naturalmente más la caridad de los Sacerdotes, que son los guías y mentores de aquellas almas que desempeñan en la tierra una misión de ángeles; porque allí tropieza el Sacerdote con no pocas dificultades pecuniarias y tiene que acudir a todo el ingenio de su celo para no desatender a los infelices enfermos. El es el caudillo que organiza y distribuye a cada socia sus benéficas labores; él quien resuelve, de momento, las dificultades que se presentan; èl, en una palabra, el que siente sobre si toda la carga de las miserias y padecimientos que reclaman socorro.

Sacerdotes de los campos del Señor, héroes desconocidos pa ra el mundo, pero muy amigos y muy amados de Dios, yo que conozco vuestro camino de espinas, porque también lo he recorrido, en estos momentos solemnes no puedo menos que elevar a vosotros mi humilde elogio, envidiando vuestras labores inmensamente fructuosas para la vida eterna! Seguid mostrando a las socias de las Conferencias de S. Vicente el camino de la caridad: el camino del sacrificio: el camino del cielo! No desmayeis, y alentad a las almas que dirigis para que tampoco desmayen: ¡Adelante! después de la fatiga está el descanso y la corona in-

marscesible de la gloria.

De semejante manera, es encantador y sublime el cuadro que ofrecen las veteranas Conferencias de la ciudad. Los Sacer dotes, Directores de ellas, a quienes se debe, en parte importantisima, por su ilustrada y caritativa acción, la fecundidad de las obras que hoy se ponen a la vista de todos, han venido desple gando una actividad digna de mejores elogios, de la aprobación y bendiciones de su Prelado, y sobre todo del galardón supremo prometido a quienes se consagran a las obras de misericordia. Las socias, por su parte, dóciles a las instrucciones e indicacio nes de sus Directores particulares y en su afán por seguir, cada día más de cerca, las huellas del Divino Salvador, convencidas de las palabras del Sabio: «Vale más ir a la casa del duelo que a la casa del convite, han corrido por todas partes, en busca de miserias y dolores; y como el buen cazador que persigue la caza hasta en sus últimas guaridas, no se dan tregua ni descanso y siempre se les ve acudir gozosas a enjugar las lágrimas de todos los infortunios, donde quiera que la enfermedad produce esos tristísimos cuadros que destrozan el corazón de quien los contempla.

Vuestra obra, amadas socias, es acaso ignorada y pasa desapercibida para el mundo, como pasan desapercibidos a la vista del hombre esos arroyuelos de cristalinas aguas que se deslizan

en el fondo de las profundas barrancas; pero no importa: vuestras almas, a semejanza de las limpísimas aguas, reflejan el cielo y tienen encantos y hermosuras que Dios contempla y aprecia. ¿Qué mucho que el mundo no conozca vuestras labores si las conoce Dios, único que las ha de premiar? Mas todavía: que las olvide si no las olvida Dios.? Aliento, pues, y adelante; pero con el mismo celo, el mismo fervor, la misma abnegación y espíritu de sacrificio de que acabais de dar excelentes ejemplos para el porvenir; sacrificios, abnegación, fervor y celo que heredasteis, a la vez, de vuestros antepasados, de esos seres inolvidables que duermen ya en la tumba el «sueño sin sueño de la muerte.»

Señores: al celebrar este festival de la caridad cristiana, no podemos menos que evocar el recuerdo de aquellas Señoras que si descendieron a la tumba, sobreviven en sus virtudes heroicas. Por lo tanto, sea, en estos momentos, como una flor para su sepulcro, la expresión de la gratitud que guarda mos para la henorabilisima dama, Doña Nicolasa Luna, distin guida por su abolengo y más distinguida aún por su proverbial desprendimiento, Fundadora y Presidenta de nuestras Conferencias; y sea, como una lágrima vertida sobre su tumba, la expresión también de nuestro profundo reconocimiento hácia la Señora Concepción Corcuera de Palomar, hija de aquella ilustre dama y heredera de su ardiente caridad, a quien la muerte arrebató para siempre de entre nosotros en el curso del presente año. Aún está fresca su memoria y patentes su la boriosidad y abnegación en favor de los pobres necesitados.

Estas damas, que por su aristocrático origen y por su posición social eran el ornato de nuestra sociedad, conquistaron con sus obras de amor un lugar muy señalado en el corazón de los pobres y más señalado todavía en el Corazón de Cristo. Su nombre es bendecido en la tierra y las promesas indefec tibles de Cristo me hacen esperar que en el cielo han obtenido ya la mejor recompensa. Descansen en paz.

Que estas reminiscencias sirvan de estímulo a las damas, tan ilustres como aquellas, que ahora integran el Consejo Dio cesano y para todas aquellas que gastan sus energías, sus recursos, y sus sentimientos en las obras de beneficencia cristiana.

Ilmo. y Rvmo. Señor: aquí teneis a las Conferencias de S. Vicente de Paul, secundando los vivísimos deseos de vuestro corazón que palpita al unisono con Corazón de Cristo. Estas Conferencias que vos habeis alentado muchas veces, dándoles vigoroso impulso y que deben de ser muy queridas de vos, puesto que las fundasteis en vuestra diócesis de Chiapas, en donde a la fecha son un monumento viviente de vuestro celo

y caridad pastoral; estas Conferencias, repito, saben corresponder a los anhelos ardentísimos de vuestro corazón de Padre. No son vuestros anhelos acaso, el mejoramiento de las clases sociales, la buena armonía entre el pobre y el rico, entre el capital y el trabajo, para que reine el órden, la justicia y la caridad?. No sois vos el alma y el corazón de todas las obras de la Acción Social Católica, y no deseais que estas se multipliquen maravillosamente en vuestra Arquidiócesis para que produzcan abundantes frutos de bienestar; y que se conserven los fundamentos en que su divino Autor quiso cimentar la sociedad? Pues estas Conferencias, vivificadas por vuestro espíritu de apóstol y recibiendo de vos nueva vida y nueva fuerza, siempre sabrán estar unidas a vos teniendo vuestros mismos pensamientos y vuestros mismos deseos.

I hoy que nos sentimos altamente enorgullecidos porque habeis venido a participar de nuestro humilde testival, elevo a vuestra sagrada persona el más solemne voto de gracias, en nombre del Consejo Diocesano y en el mío propio, por los be neficios que habeis dispensado a las Conferencias; y respetuosamente pido para el Consejo mismo y para cada uno de los centros de caridad que de él dependen, un recuerdo en vuestros sacrificios y oraciones y la pastoral bendición, que recibiremos de vos como un augurio de las bendiciones del cielo.

FRANCISCO QUINTANA.



MEMORIA

de las obras de caridad practicadas por las Conferencias de Señoras, de S. Vicente de Paul, de 1º de junio de 1920 a fin de mayo de 1921.

EXPOSICION.

En cumplimiento de lo que previene nuestro reglamento, el Consejo Diocesano de la Arquidiócesis de Guadalajara tiene la honra de presentar a esta Respetable Asamblea las obras prácticas de las conferencias de la misma Arquidiócesis, referentes al año transcurrido de fin de mayo de 1920, al primero de junio del presente año; lamentando hasta donde es posible al sentimiento cristiano, que los grandes trastornos sociales, tan adversos a los principios de justicia y moralidad, hayan ocasionado la paralización, y en muchos casos, casi el aniquilamiento de las obras de caridad, no solo en las poblaciones de fuera, sino aun en las de esta ciudad, haciendo inútiles los más empeñosos esfuerzos para realizar, en cuanto es posible, las obras de beneficencia en pro de los necesitados. Sin embargo, una vez más debemos elevar nuestro espíritu, y dar gracias a la divina y misericordiosa Providen cia, porque a pesar de esa nuestra lamentable situación, las Conferencias hayan perseverado con ejemplar constancia en la práctica de sus obras de caridad.

Como aun permanecen en circunstancias adversas muchas poblaciones que tenían conferencias agregadas al Consejo, se ha notado la sensíble omisión de tales informes; pero sin embargo, se persevera en la confianza en Dios, que se dignará remediar esas dificultades para el restablecimiento de esas obras en bien de los pobres.